

## CAPÍTULO VIII

Nuestra prisión en La Cruz. — Visitas al Emperador. — Decreto del general Escobedo. — Se nos traslada al convento de Teresitas. — Fusilamiento del general Méndez. — Prisión en el convento de Capuchinas. — La Princesa de Salm-Salm. — Proyectos del Emperador. — Se le incomunica. — Salen de Querétaro los oficiales prisioneros. — El Consejo de guerra. — Sentencia de Maximiliano.

En la tarde del día quince de Mayo, un gran número de oficiales republicanos, entre los que se contaban el general Vega, el coronel Smith y los hermanos Pedro y José Rincón Gallardo, guiados más que por otro sentimiento por la curiosidad, quisieron visitar al Emperador.

Después de su visita al Soberano prisionero, estos señores nos refirieron á los demás presos, como habían penetrado al convento de La Cruz, guiados por López, de quien hablaban en los términos más despreciativos. (1)

— Se sirve uno de esas gentes, decían, cuando las necesita; pero después se les da un puntapié y se les echa á la puerta.

*1) Es de la traición de López, no solo no está justificada, sino que se ha demostrado que la culpa casi es completa. No es, pues, de creer lo que se cuenta en este capítulo.*

En la celda contigua á la de Maximiliano, se encontraban los generales, excepto algunos que se habían ocultado. El general Miramón, herido cuando salía de su casa para ir al cerro, se curaba en la casa del doctor Licea, que le servía de prisión.

Grande era la incertidumbre y la inquietud que reinaba entre todos los prisioneros, pues no era absolutamente posible prever lo que nos reservaba el vencedor; pero dada la magnitud del triunfo, que ni los mismos republicanos lo imaginaban, fácil era concebir que el perdón y la clemencia vendrían á aumentar esa victoria, debida en mucha parte á la traición de López, elemento con que no contaban los liberales. Con la toma de Querétaro, se había dado el golpe de muerte al Imperio.

Al anochecer, Mejía hizo una visita al Emperador y éste le dijo :

— Estoy dispuesto para todo, he concluído conmigo mismo.

Á lo que el valiente general le contestó :

— Yo también, señor, estoy dispuesto. Bien sabe Vuestra Majestad que nunca he tenido miedo á morir.

Como la enfermedad del Emperador aumentase notablemente, consiguió que durmieran en su cuarto, el doctor Basch, y los criados Grill y Severo.

El día dieciséis por la mañana, supimos que se había fijado en las esquinas un decreto por medio del cual se prevenía que los jefes y oficiales, de cualquier catego-



ría que fueran, que no se presentaran al cuartel general en el término de veinticuatro horas, serían pasados por las armas.

En virtud de ese decreto, vinieron á aumentar el número de prisioneros en La Cruz los generales Casanova, Escobar, Morett y Valdés, así como el ministro Aguirre.

Habiendo partido para México el general Vélez, á quien se había encomendado la prisión de La Cruz, quedó en su lugar el general Echagaray.

Como el Emperador continuaba enfermo, suplicó á Su Majestad el doctor Basch que consultara con el médico en jefe del ejército republicano, el doctor Rivadeneira, quien visitó al Emperador, acompañado de un oficial, opinando que era necesario cambiarlo de habitación, y así se le manifestó al general en jefe.

Efectivamente, el día diecisiete, Su Majestad fué trasladado al convento de Teresitas, acompañándolo el general Echagaray, un ayudante y el doctor Basch. Rodeaba el carruaje que llevaba al prisionero, una escolta de caballería.

Al atravesar la plaza de La Cruz, y frente á la casa que habitaba López, salió de ésta un hombre que llevaba el kepí bordado del Emperador, que éste había dejado en su habitación en la madrugada del quince cuando precipitadamente salió vestido con su uniforme de general y portando sombrero jarano.

¿ Qué había ido á hacer López á la habitación de Maximiliano ?

También los demás prisioneros que acompañábamos al Emperador, somos conducidos al convento de Teresitas, á pie y rodeados de soldados. Al llegar al convento, nos forman en la calle antes de entrar, y entonces todos nos descubrimos respetuosamente.

El Emperador saluda y dice :

— Ningún otro monarca puede vanagloriarse de tener semejante corte.

Todas las calles por donde pasamos están solitarias, las ventanas cerradas herméticamente, y si encontramos en nuestro trayecto algún transeunte, se lee en su semblante un profundo sentimiento de tristeza y de compasión.

Las habitaciones que en este convento deben de servir de prisión al Soberano y á su comitiva son dos cuartos que tienen vista para un gran patio, donde hay algunos árboles ; esto, y el encontrarse el convento, tan próximo á la Alameda, nos hace creer que la enfermedad del Emperador cederá un poco, pues el aire es mucho más puro que en La Cruz.

En una de las piezas, se instala á Maximiliano, al doctor Basch y á los dos camaristas, y en la otra al ministro Aguirre, al general Castillo, á su ayudante Guzmán, al príncipe de Salm, á Pradillo, á Ormaechea y á mí.

Procuramos instalarnos lo más cómodamente posible, proveyéndonos de esteras de fibra, llamadas cocos, para que nos sirvan de lechos, y el Soberano nos manda comprar zarapes, para guarecernos del frío por las noches.



Al hacer prisionero los liberales al doctor Basch, éstos le despojaron del cinturón que llevaba con monedas de oro; pero á Maximiliano, á Pradillo y á mí, como no nos registraron, no supieron lo que teníamos en dinero y así lo manifesté al Emperador, quien me dijo tuviera prevenido aquel oro para lo que se pudiera ofrecer.

Don Carlos Rubio, rico comerciante de Querétaro y propietario de la fábrica de Hércules, se encargó de que no faltara nada al Emperador, y era él quien le enviaba los alimentos durante todo el tiempo que duró su prisión.

En cuanto á los demás compañeros de cautividad del Soberano, nos contentábamos con lo que Su Majestad nos participaba y con lo que algunas damas compadecidas nos mandaban, pues de no ser así habríamos muerto de inanición, porque ni un solo día se preocuparon nuestros carceleros por saber si teníamos ó no que comer.

Como se nos permitían las visitas, diariamente recibíamos alguna, siendo muchas de ellas personas que ni siquiera habíamos conocido durante el sitio; pero que ahora nos demostraban mucho interés y que compadecidas de nuestro infortunio, decidieron hacerse cargo cada una de ellas de un prisionero.

Por mi parte, hoy después de treinta y ocho años, no he olvidado, ni olvidaré nunca, los grandes servicios que en aquellos días tan angustiosos me prestaron las familias Carmona y Trejo.

Por esos días se publicó impresa la lista de los prisioneros imperiales, figurando á la cabeza el Emperador Maximiliano; venían enseguida los generales y oficiales por su graduación, y después de ellos aparecíamos el ministro Aguirre, el doctor Basch y yo como subtenientes.

Pocos días después se publicó una nueva lista en la que el Emperador ya no figuraba como tal, sino únicamente como Fernando Maximiliano archiduque de Austria.

El día dieciocho de mayo, le fueron restituídas al Emperador dos maletas que habían desaparecido de su habitación en La Cruz, y que contenían algunos libros y ropa; entre los libros se encontraba la *Historia Universal* por Cesar Cantú, que por encargo de Su Majestad había yo comprado en Querétaro.

Á las ocho de la noche de ese día, fueron á llamar al príncipe de Salm para sacarlo de la prisión y conducirlo á otro lugar. Alarmado Pradillo, supone que lo sacan para fusilarle, y suavemente se dirige al cuarto del Emperador, donde sabe que también han preguntado por el doctor Basch; pero una hora después vuelve Salm entre nosotros diciéndonos que solo deseaba el enemigo conocer su nacionalidad.

El diecinueve de mayo, es descubierto el general Méndez, en una horadación perfectamente hecha.

Algunos días antes de la ocupación de Querétaro por las tropas liberales, Méndez se encontró con un sastre-



cillo jorobado y raquíto, que lo conocía bien y que se puso á insultarlo, entonces Méndez con su látigo



General Ramón Méndez.

cruzó la faz del jorobado, y este juró vengar aquel agravio.

El día de la ocupación se puso el sastre en seguimiento de Méndez sin que éste lo notara, y pudo ver la casa donde se ocultó. Fué á denunciarlo, pero Méndez se había ocultado tan hábilmente, que fué necesario rodear de tropas toda la manzana, y cuando ya los oficiales encargados de aprehenderlo se retiraban desesperados y convencidos de que habían sido víctimas de un engaño por parte del jorobado delator, ó que éste se había equivocado, hundióse una parte del terreno que pisaban los oficiales aprehensores, y de allí salió el valiente general Méndez, cubierto de polvo y con un rifle en la diestra.

Conducido ante Escobedo, solo pidió que se le permitiera despedirse de Maximiliano antes de ser fusilado; Escobedo le concedió tal permiso, y cuando se encontró frente al Soberano, éste le dijo:

— Va Ud á la vanguardia, general, pronto seguiremos el mismo camino.

Algunas horas después, moría tan bravamente como había siempre peleado en vida.

Ese mismo día diecinueve de mayo, Escobedo, acompañado del general Díaz de León y del coronel Villanueva, hizo una visita á Maximiliano.

Durante esa visita, nuestra angustia fué inmensa, pues acabando de ser fusilado Méndez, nosotros supusimos que otro tanto iba á hacerse con el Soberano; en fin, después de una hora larga de inquietud, salen Escobedo y los jefes que lo acompañaban, y el Emperador nos manifestó que la visita se había reducido á una fórmula de cortesía.



Por la noche nos es absolutamente imposible dormir, pues la guarnición del convento se ha aumentado nota-



Princesa Inés de Salm-Salm.

blemente, en vista de que ha corrido el rumor de que el general imperialista Olvera marcha sobre Querétaro, decidido á salvar á Maximiliano.

Así pues los gritos incesantes de doscientos centinelas, apostados en la prisión, no nos permiten conciliar un momento de reposo.

Al día siguiente sabemos que ha llegado á Querétaro procedente de San Luis Potosí, la princesa de Salm-Salm. Era ésta una hermosa é inteligente joven, nacida en Nueva York de padres franceses; apellidábase Leclère y en los Estados Unidos se había unido en matrimonio con el príncipe, á quien seguía en todas sus aventuras. Llena de ideas románticas y de muy nobles sentimientos, corría sin cesar de Querétaro á San Luis Potosí donde hablaba con Juárez, deseando á toda costa salvar al Emperador.

En Querétaro se propone hacerlo evadir y al efecto, lo que no puede obtener por medio de súplicas, lo quiere obtener á fuerza de oro.

El día de su llegada á Querétaro, tiene una larga entrevista con Maximiliano á quien da detalles sobre el estado de ánimo de la opinión pública en San Luis, le cuenta lo que allí se dice del sitio de México y de la traición de Márquez. En esos días un nuevo suceso nos causa tres horas de angustia y de ansiedad; una mañana se presenta en la prisión el coronel Palacios, ayudante de Escobedo, llevando la orden de conducir inmediatamente al Emperador ante el general en jefe.

Maximiliano, á pesar de la debilidad extrema en que se encuentra por tantos días de disentería, se pone en pie y se dirige al cuartel general, acompañado del príncipe y de la princesa, y de los coroneles Villanueva y Palacios.



Al saber que Su Majestad va á salir, todos los oficiales prisioneros acuden á las puertas de sus celdas para saludarle. Maximiliano contesta con su acostumbrada afebilidad á todos los saludos.

Después de tres horas de mortal inquietud, escuchamos el ruido de un carruaje que vuelve con el Soberano á la prisión.

Eran ya las ocho de la noche cuando regresó, y algunos de nosotros, los más pesimistas, creíamos que el pobre archiduque había corrido la suerte de Méndez.

Inmediatamente que lo vemos volver, vamos hacia él y nos refiere que Escobedo le ha parecido sumamente amable; por Salm, que desempeñó el papel de intérprete sabemos que el Emperador ha propuesto que dará la orden de que se rindan á los liberales las plazas de Veracruz y de México, para evitar más derramamiento de sangre, que se dejará conducir á Veracruz, donde se embarcará, prometiendo no volver nunca á mezclarse en los asuntos de México, pidiendo además la vida de todos los imperialistas.

Parece que el gobierno liberal está dispuesto á aceptar sus proposiciones. El coronel Villanueva, que por todas partes acompaña á la princesa, dice que dentro de muy pocos días llegarán órdenes precisas de San Luis, relativas á todos los prisioneros.

En la tarde del veintidós, se nos traslada del convento de Teresitas al de Capuchinas, primero al Emperador y á Salm, después á los generales y por último á Pradillo, á Ormaechea, al doctor Basch y á mí.

La primera noche, se nos designa para habitación los cuartos bajos del convento que han sido antes destinados para cementerio de la comunidad.

Todas esas piezas son húmedas, oscuras y lóbregas; en las paredes se leen los nombres de las religiosas allí enterradas. También al Emperador, á pesar del estado tan delicado de su salud, se le hace dormir entre aquellos sepulcros.

A la mañana siguiente, se nos instala en las celdas del piso superior, que tienen todas vista hacia un gran patio sembrado de naranjos.

Allí pasamos algunos días de calma. Maximiliano se paseaba conmigo en el patio de los naranjos, dejando volar como siempre, su soñadora imaginación haciendo proyectos para el porvenir.

Se imaginaba que el gobierno liberal iba á dejarlo salir para Europa.

— Entonces, me decía, Ud se irá conmigo, iremos primero á Londres, allí permaneceremos un año, haremos traer el archivo de Miramar y allí escribiremos la historia de mi reinado. Después iremos á Nápoles, alquilaré una casita en una de las bellísimas poblaciones que rodean la ciudad, donde se disfruta á la vez del panorama hermosísimo del campo y del mar; y en mi yacht *Ondina*, acompañado de Ud, del doctor Basch, del viejo Bilimeck y de cuatro criados que será todo lo que forme mi comitiva, haremos pequeños viajes por las islas del Archipiélago griego, iremos á Atenas, recorreremos las costas de Turquía, y más tarde iré á pasar el



resto de mis días en medio del Adriático, en mi isla de Lacroma. Si Ud entonces quiere regresar á su país, donde el tiempo habrá calmado las pasiones políticas y apagado los odios de partido, le daré una cantidad para que pueda casarse y viva tranquilo al lado de su familia; si, por el contrario, quiere Ud permanecer en Europa, encontraré para Ud un buen puesto en una legación.

Así pues, como siempre, perdido en sus ensueños y en sus ideales, no sospechaba que la muerte lo amenazaba y estaba ya tan cerca de él.

Una tarde llegó á su celda un oficial y le dijo que lo siguiera, pues iba á comenzar su proceso y quedaba rigurosamente incomunicado.

Esa misma tarde, los generales y oficiales fueron conducidos al Casino, y los demás prisioneros, entre ellos yo, al convento de Teresitas nuevamente.

Desde ese día que fué el trece de junio, hasta el dieciséis del mismo mes, no volví á ver á Maximiliano; pero desde nuestra prisión de Teresitas, seguíamos las peripecias de su proceso. Una mañana se me presentó Grill y me dijo de orden del Emperador que le entregara todo el oro que tuviéramos.

Al principio, creí que era porque desconfiaba de nosotros, pero después supe que todo ese oro se había entregado á la princesa de Salm, que no cesaba un instante en su labor de querer hacer evadir al prisionero.

Así supimos que se habían ofrecido fuertes sumas á

dos coroneles, para que una vez consumada la evasión pudieran ellos á su vez dirigirse á Europa; pero como el ministro de Prusia, barón de Magnus, no quiso comprometerse firmando las letras, nada se obtuvo. Además Maximiliano decía que si no podían salvarse Miramón y Mejía, él tampoco se fugaría.

El día cinco de junio, habían llegado á Querétaro el barón de Magnus ministro de Prusia, su secretario Shaller, el encargado de negocios de Bélgica M. Hoorrick, y los abogados nombrados por el Emperador para defenderlo y que eran los Sres Don Mariano Riva Palacio y Don Rafael Martínez de la Torre.

La evasión debía efectuarse el día tres, y se aplazó para el cinco, habiendo fracasado por completo ese día, porque la guardia que hacía tres días era la misma y que parecía estaba ya comprada casi en su totalidad, fué relevada de una manera imprevista, y los dos oficiales que estaban completamente de acuerdo con los planes de la princesa fueron reemplazados por otros extraños.

No cabía duda que el proyecto había sido descubierto. La guardia del convento de Capuchinas se había duplicado, y en la calle misma se había apostado un batallón entero.

Ocho oficiales, entre ellos los coroneles Villanueva y Palacios, montan la guardia, y cuando ya duerme el Emperador, entran á su cuarto llevando una vela encendida, para ver si no se ha fugado.

El día siete, se ordena á todos los extranjeros que han



venido á Querétaro, que abandonen inmediatamente la ciudad.

El día ocho, son puestos en libertad todos los subalternos; los demás presos, de capitanes hasta coroneles, serán internados en diversas prisiones del país y permanecerán en ellas de tres á seis años, según la responsabilidad que les resulte.

El día diez, salen de Querétaro los oficiales prisioneros, quedando solamente los generales.

Dos días después, á las ocho de la mañana, el Emperador quedó solo en su celda.

Los generales Miramón y Mejía han sido llevados ante el tribunal, acompañados de cuatro abogados.

A las once del día trece de junio de 1867, comenzó el fiscal Don Manuel Aspiroz (1) (actual embajador de México en los Estados Unidos) la lectura de los capítulos de acusación, anticipándola con el certificado de los médicos, que aseguraban que el prisionero no podía salir de su celda.

Entretanto Maximiliano habíase quedado enteramente solo, esperando lo que le deparaba el destino; y en el convento de Capuchinas no se escuchó, durante todo el día, más rumor que el de los pasos de los centinelas que guardaban al augusto prisionero.

Por la tarde del día trece, el fiscal Aspiroz se presentó en el convento á notificar á Maximiliano que estaba sentenciado á muerte.

(1) Muerto en Washington el 25 de marzo de 1905 (estando este libro en vísperas de publicarse).

## CAPÍTULO IX

Fijase el dieciséis de junio para á la ejecución. — Entrevista con el Emperador. — Su despedida. — Se aplaza la ejecución para el día diecinueve. — Esperanzas de indulto. — La ejecución. — El gobierno se niega á entregar el cadáver. Por fin se entrega al almirante Tegetthoff. — Es conducido á Veracruz. — Sale la Novara rumbo á Europa.

El día 16 de junio de 1867, me encontraba yo en la prisión de Teresitas con los generales prisioneros, que habían sido llevados allí después de pasar dos ó tres días en el Casino, quedando tan solo en Capuchinas el Emperador y los generales Miramón y Mejía.

La sentencia debía ejecutarse á las tres de la tarde, y á las doce en punto vino un oficial á mi cuarto y me dijo le siguiera por orden del general Escobedo.

En la puerta del convento, me esperaba una escolta de ocho hombres, éstos me rodearon, y por el centro de la calle me condujeron al convento de Capuchinas.